

LUIS ANTONIO DE VILLENA, *Proyecto para excavar una villa romana en el páramo*, Madrid, Visor Libros, 2012, 142 págs.

La juventud se nubla y el “verdadero” amor es perecedero. La amistad se disipa y el oro de los cuerpos se transforma en ceniza que, como una capa de células muertas, mancha los hombros blandos de nostalgia y decrepitud. Rodeados de ausencias, ¿con qué dulces recuerdos abrigarnos, aunque sea torpemente, bajo el lúgubre techo de la vejez? ¿Cómo reproducir los flashes de la dicha?

Probablemente sea la literatura aquella disciplina artística en la que más se ha reflexionado sobre el tiempo y la serie de pérdidas que acarrea nuestro tránsito por el mundo. Cierto es que el lenguaje siempre calla más de lo que dice, y que el escritor, incluso el poeta –mejor adiestrado en arrancar palabras a lo inefable–, no logra transmitir todo lo que quisiera porque, al fin y al cabo, qué es la memoria sino un conjunto de “frases/ inacabadas en una lengua al alcance de muy, muy pocos”. Pero la emoción y la belleza, aspiraciones máximas de un buen poema, secuencian los fragmentos para dar al lector una experiencia estética convergente.

En *Proyecto para excavar una villa romana en el páramo*, su último libro de poesía publicado hasta el momento, Luis Antonio de Villena (Madrid, 1951) nos invita a recorrer los planos de su existencia, integrando en el tono elegíaco de los versos un ritmo vitalista y una réplica sensual, “porque la fugacidad enaltece el placer”, herederos de la mejor tradición grecolatina. Como explica en su epílogo, “la villa romana que descubre sus esplendores ocultos es siempre nuestra propia vida”.

Pero, antes de adentrarnos en los espacios en construcción o medio derruidos de su morada íntima, hemos de atravesar los jardines perdidos de la infancia y de la juventud donde aún se escucha el trino de los pájaros, “seres de noche y luz”, ecos musicales de un tiempo pretérito. Estas aves componen el símbolo perfecto de la elegía, conciliando en sus cuerpos menudos tanto la iniquidad con que la muerte reduce a detrito lo que una vez fue bello como el canto alegre e irracional de lo fungible. “Un pajarito muerto es la imagen fatal, inmisericorde / de la vida. El dolor, la injusticia, el sinsentido. / Un pajarito muerto es la imagen feliz, efervescente / de la vida. El canto, el gozo inmotivado, la alegría”. Memoria del pasado jubiloso y advertencia del porvenir funesto, el jardín se transmuta en un matadero donde aves comunes y adolescentes disfrutaban del momento sin preocupaciones, gráciles y hermosos, bajo la inconsciencia de los inmortales.

Tras pasado el atrio, el poeta nos abre las puertas de su *domus*, una estructura amplia de estancias numerosas en torno a un peristilo o patio interior que aún conserva, cálidos, las tardes y las noches de verano, donde gozan y ríen, embriagados –piel tersa y mente despreocupada– amigos que se fueron y que él ahora reúne en torno al abismo azul de una piscina, junto a chicos que, ajenos, nadan o retozan sobre la hierba. Cuerpos anónimos, contemplados con éxtasis contenido mientras acarician la piel de su novia o duermen protegidos por la luna, rodeados de flores rojas y mojadas como el sexo enhiesto del tímido onanista. Su mero recuerdo servirá algún día para borrar las sombras de la muerte. La comparación de un joven durmiente extranjero con el blanco Endimión ejemplifica una de las características principales en la poesía de Luis Antonio de Villena: hondo culturalismo incorporado en el discurso, sin incrustaciones, como elemento enaltecedor y puente entre el origen y la actualidad para reivindicar nuestra tradición desde una perspectiva contemporánea. La referencia mitológica constituye una de las claves de lectura no sólo de este libro sino, también, de la obra completa del escritor madrileño, quien, mediante la interpretación mítica de su experiencia, logra transfigurar recuerdos en argumentos ideales.

Otra marca propia sería la recuperación de personajes –históricos o probables– que forman parte de su larario particular: Luis Paret y Alcázar, Marco Salvio Otón, o célebres *exilados* como Blanco White y el afrancesado Alberto Lista, con quienes establece ciertos paralelismos biográficos. Hombres brillantes, estetas y defensores de las libertades, que entendieron el lujo como sublimación de lo cotidiano y gozaron de pronta admiración, pero cuya postura vital y crítica les llevó a terminar defenestrados y subsumidos en el revoltijo de la historia, cuando no ocultos bajo el silencio impuesto por los gerifaltes (“¿seré yo como él, yo que lo veo / elegante paseador al viento? ¿Seré yo como él? / ¿Mi destino será su destino?”). Marginados, al fin, que, desde el Erebo, nos advierten sobre el olvido, y de paso, introducen y subrayan uno de los tópicos literarios insoslayables en toda reflexión “sobre el tiempo, su tránsito y sus bellezas”: *Ubi sunt*. ¿Dónde quedó la gloria mundana, las posesiones materiales, la libertad furtiva de los garitos semiclandestinos? “¿Qué fue de aquellos dulces chicos / de mi juventud, cuando yo apenas tenía treinta años?” se pregunta el poeta.

Atraviesan las páginas del libro *Amores imposibles* a los que dijo adiós por temor a vivir demasiado deprisa, o tal vez por incapacidad para el arrojo, pues “nunca he sido un tigre. / Fuerza y belleza no me pertenecen”. También tienen su cupo amantes previo pago que

desaparecieron sin despedirse y de quienes conserva, resplandecientes, las huellas eróticas del último encuentro. Y, junto a todos ellos, una miscelánea de hombres y mujeres que dan testimonio de la miseria y de la ignominia. Este desfile de seres anónimos y guiños privados configura una visión pesimista del mundo que la voz repite para recordarnos que todos somos prescindibles. La escritura se vuelve, en este punto, una operación de crítica y de salvamento, sin soslayar la perspectiva estética del poema. “Si no lo escribo, / si no hago el esfuerzo de narrarlo y rescatarlo / nada existe ni queda”, nos dice. Y no solo rescate de personas, especialmente conmovedores resultan los poemas dedicados a su gata (“Sombra” y “Esmeráldica”), cuya presencia amable sigue moviéndose por las alcobas, “sobre sus regias almohadillas silenciosas”. Los felinos son otro símbolo recurrente en la poesía de Villena, pues, como los amantes memorables, reclaman su atención y, luego, se marchan.

La planta superior de esta villa adornada con la indiferencia de las ruinas –parafraseando la cita de Bataille, incluida al comienzo del libro– permanece en penumbra bajo la certeza de que la senectud no será un confortable cuartel de invierno. “No es bella la vejez, aunque tenga cantores. / La vejez es inhóspita y cruel”.

La vida de cada hombre constituye, a fin de cuentas, un delgado paréntesis de circunstancias individuales y secretas, un breve balbuceo entre dos silencios infinitos, y la historia de la mayoría de los mortales se diluye junto a ellos en la nada. Pero morir supone desvanecerse en el cuerpo de otro, empañar la memoria del que se queda, anclarse en su cerebro para no fenecer del todo y, de paso, mantenerle a flote cuando la soledad se torne insoportable. La evocación triste y, al mismo tiempo, celebrativa, de los que ya no están es el único pulso que podemos echarle al olvido, un acto de justicia o de venganza contra la maquinaria universal. Y este hecho luctuoso, al mismo tiempo, nos empuja a aprovechar los días y las noches, deleitándonos siempre en sus fugaces goces sensuales. Vivir sin miedo, libres de culpa, pues “contra la piedra oscura del dolor vale sólo / el bálsamo del puro ser, / la sabiduría, el gozo, la carne, / la mente analizada, la más / la sávida y violenta libertad.”

JOSÉ DANIEL GARCÍA  
*Escritor*